

Y hago aquí punto, aunque resulte corto el comentario, porque lo que sigue exige más alientos y humor de los que consienten el sofocante calor que me rodea, y me llena de piedad hacia los miseros israelitas de que me estoy ocupando, pues considero cómo debían de sudar los infelices allá en Egipto, en verano, cociendo ladrillos para un Faraón de corazón de piedra. No me extraña, no, que cuando se vieron fuera del alcance de sus garras, achacaran la cosa á milagro; y para hacer odioso el recuerdo de esta tierra y de sus reyes á sus descendientes, inventaran, no estas ocho, sino ochocientas plagas.

XIII

Siento fiebre ya por salir de estas insulsas, ridículas, puercas, bárbaras y groseras patrañas de las plagas de Egipto. Todas ellas aparecen como mandatos de Jehová á Moisés, que éste trasmite á Faraón, muy confiado de que cada una va á ablandar el corazón del déspota, á pesar de saber, de boca del propio Jehová, que el rey hará de ellas el mismo aprecio que de las nubes de antaño, y le producirán el espanto que la espada de Bernardo, ó la carabina de Ambrosio, dado que estas comparaciones fuesen usadas en los remotos tiempos á que estas novelorías se refieren.

*
* *

Viendo Jehová que moscas, piojos, langostas, sarpullido, tempestad, serpientes, etcétera, habían sido inútiles para traer á Faraón al hito de dar permiso á los hebreos para irle á adorar al desierto, por intermedio de Moisés manda á su pueblo que, engatusando cada cual de los hebreos á su vecino egipcio, le pida con mucha necesidad prestadas vajillas de oro y plata, y todo género de objetos preciosos, para que,

al largarse, llevaran algo consigo. El *Exodo* no tiene inconveniente alguno en mostrarnos á Jehová ordenando á su pueblo la comisión de este robo inicuo y escandaloso, que por sí solo bastaría para desacreditar á este Dios de papel de estraza, que con todos sus humos de señor del cielo y de la tierra, no ha sabido ni podido conseguir de Faraón permiso para que deje ir á los hebreos al desierto.

Los hebreos no necesitan que Jehová les mande dos veces robar. En muchas ocasiones nos los muestra la *Biblia* rebeldes y díscolos con su Dios; mas en esta ocasión le obedecen al pie de la letra y sin necesidad de que se repita la orden.

Cuando ya cada israelita con éste ó el otro pretexto, le ha sacado á su vecino egipcio lo mejor que éste tenía, Jehová hace la mayor atrocidad que ha podido inventar la perversidad humana. Ordena á los hebreos que cada familia mate un cordero y le coma de cierta manera, y que con la sangre de dicho cordero unten las puertas de sus casas. Hecho esto, baja del cielo, pasea por Egipto, entra en toda casa cuya puerta no estaba manchada de sangre y mata á todo primogénito, así de hombres como de bestias, desde el primogénito del rey hasta el de la borrieca del más misero egipcio.

Jehová me debe agradecer infinito que yo tenga, lo mismo las plagas que esta matanza bárbara é inicua, por una burda mentira, por un cuento de viejas sanguinarias, inventado para hacer dormir á los chiquillos, infundiéndoles temor. ¿Quién, de admitir esto por cierto, en vez amar á Jehová por bueno y misericordioso, no le aborrecería por malvado é injusto? ¿Qué culpa tenía el hijo de Faraón, por ejemplo, que pudiera muy bien ser una inocente criatura, de que su padre negara la salida de los hebreos, para que Jehová le degollase?

No se concibe que, de ser cierta esta matanza

y el clamor universal que, según el *Exodo*, en Egipto la siguió, este ilustrado y artístico país no hubiese alzado un imperecedero monumento para recordarla, y recordar con ella su dolor. Ni rastro de esta brutalidad se halla en la historia de Egipto, en la cual apenas si tampoco se descubren señales de estos hebreos, por cuya causa tales prodigios se producen y verifican, siendo muy difícil afirmar con verosimilitud, ni su estancia en la tierra de Gosen, ni su salida de ella.

* *

Ante aquella universal degollina de *primogénitos*, Faraón se doblega á Jehová, á quien al fin reconoce por Dios omnipotente, al ver las que que gastaba. Así al menos nos lo dice el *Exodo*, en el cual aparece Faraón á media noche en ropas menores probablemente, llamando á Moisés y á Aarón y diciéndoles que se largasen cuanto antes, llevándose todos sus ganados. Los egipcios, atemorizados, dan prisa á los israelitas para el viaje que tanto anteriormente habían resistido, y he aquí á los descendientes de Jacob, después de estafar á los egipcios, echándo á andar para Oriente.

* *

¿Qué significa todo este tejido de imposturas?
¿Qué todas estas estupendas maravillas?

Difícil es contestar seriamente á estas preguntas. Que las plagas son un cuento, no hay para qué detenerse á probarlo. Que lo maravilloso es absurdo, como cosa real sucedida, es de toda evidencia. Jehová, ó su ángel exterminador, pasando por Egipto, matando los primogénitos de estas casas y respetando á los moradores de las otras, no vale ni más ni menos de lo que valen los dioses del Olimpo, paseando por los campos de Troya, armados en favor de griegos y troyanos. Pura imaginación.

Mas estas maravillas, ¿son inventadas para adornar y prestigiar un hecho histórico? Ó en otros términos: ¿los hebreos, realmente, después de largos años de residencia en Egipto, residencia que, por la opresión de que en este país fueron víctimas, llamaron luego cautiverio, le abandonaron en masa, guiados por Moisés, aprovechando cualquiera fortuita desgracia de los egipcios? Confieso que en la historia auténtica de Egipto no he hallado datos suficientes para afirmar ni negar. Queda el *Exodo* en que esto se afirma, rodeado de imposibilidades é inverosimilitudes. ¿Prescindimos de éstas y nos quedamos con el hecho escueto? Parece lo más racional.

* *

Empero, esto, que con todos los demás sucesos humanos se hace, no es lícito hacerlo, según los católicos, en los sucesos de que nos habla la *Biblia*, porque este libro es revelado, y, como obra de Dios, es todo verdad. Para los católicos, tan verdad es lo de los piojos y el sarpullido, como la existencia de Moisés ó la salida de los hebreos de Egipto. Me hallo, pues, en un conflicto: ó tengo que ser hombre, ó tengo que ser católico; es decir: ó tengo que creerlo todo, ó creer lo que juzgue razonable, y reirme de lo demás. A menos que me decidiera por no creer nada, que sería otra especie de catolicismo, pues todos los extremos se tocan, ¿Qué hago?

¡Ah! No es posible dudar: *homo sum*. Tengo, pues, por seguro que de todo lo que hasta aquí del *Exodo* llevo leído, y á mi manera comentado, significa, pura y simplemente, que el pueblo hebreo, antes de establecerse por conquista en Canaan, moró en Egipto, saliendo de este país, aprovechando alguna guerra ó calamidad pública, bajo la conducta de un hombre superior, Moisés, á quien la ciencia y la virtud, rodeadas de la magia y supersticiones propias del tiempo

aquel, daban entre los suyos, y aun entre los mismos egipcios, grandísima autoridad.

¿Es esto poco? Pues hay que contentarse con ello, ó quedarse sin nada, ya que admitirlo todo es imposible.

NOTA DE NOTAS

Recordarás, lector amigo, que en la última nota me quejaba del calor sofocante que hacía por aquellos días de Julio, en que iba anotando la famosa salida de los israelitas de Egipto. Dispuesto me hallaba á comentar la estupenda catástrofe de Faraón al anegarse con su ejército en el mar Rojo, cuando mi incomparable amigo y director Ramón Chies me dijo que se iba á Galicia. Y como yo soy una especie de sombra suya, y aun más que sombra, pues hasta en la obscuridad le sigo, fuíme con él, con la buena intención, yo te fio, de seguir escribiendo las *notas*, que á muchos gustan y á otros encocoran, sobre el santo é infalible libro de los libros, en que se fundamenta la sacrosanta religión católica. Pero... ya lo has visto: con mi buena intención te has quedado, pero no con las *notas*. Discúlpe-me tu buen sentido, y sobre todo tu buen gusto. ¿Quién diablos, en efecto, en aquella fresca, bella, tranquila y regalona tierra de Galicia; á la vista de aquel mar que, después de desplegar sus espantables furores en las costas, desenvuelve todos sus encantos en las riberas de las rías, á la sombra de aquellos bosques de pinos y carballos (que así llaman allí á los robles), por entre cuyo espléndido ramaje se desvanece el eco de dulcísimos cantos populares; en aquellas arenosas playas, que de marea á marea guarda la huella de los piececitos de tantas lindísimas mujeres como en ellas realizan la fábula de las Ne-reidas...; quién diablos, repito, está para *notas* sobre la *Biblia*?

Yo, al menos, confieso mi falta, seducido por tanta belleza natural, me he olvidado de las artificiales bellezas de los milagros que realizó la varita de Moisés. Sólo una vez me he acordado, en dos meses, de él y de ella. Y te diré con qué ocasión.

Hay á la entrada de la ría de Vigo una pequeña bahía, en cuyo fondo se halla el hermoso pueblo de Bayona. Frente á este pueblo se encuentra un monte, llamado Monte Real, donde el Sr. Eduayen, exministro amadeista y alfonsista, ha cometido la herejía artística de construir un *chalet* de estilo moderno, dentro de una vetusta y fortísima muralla almenada, de grande antigüedad y hermosura. A Poniente, baten este monte las encrespadas olas del Atlántico; á Oriente, le besan las aguas tranquilas de la bahía de Bayona. A la parte brava la llaman la Concheira, y Barbeira á la playa tranquila; separadas no más por un pequeño espacio donde existe una chopera que sirve de fresco y agradable paseo.

Ahora bien: hallábame una mañana sentado en la más alta y avanzada roca de la Concheira, á donde llegué con grande trabajo, por lo abrupto de aquel lugar. La ola, rota allá á lo lejos por un arrecife, volvía á formarse y venía á deshacerse en cataratas de espuma á mis pies. Nada más bello, ni nada más grande que aquel espectáculo.

El Noroeste, el rey de los mares, como le llaman los marinos, había soplado con violencia el día anterior, y, conmoviendo hasta en sus entrañas el Océano, éste, á pesar de la serenidad del aire y del cielo, por momentos iba lanzando á la costa el movimiento adquirido, precipitando en la Concheira olas á cada momento más formidables. Una de ellas estremeció al romperse, la Peña en que yo estaba sentado jugando con mi bastón. No pude reprimir un movimiento de huida, y al

volver la cabeza me hallé con el bravo patrón con quien había convenido me había de llevar en su barca. aquella misma tarde, al faro de la central de las islas Cíes, que se alzaban á mi vista.

—Vaya, patrón, le dije; vamos á almorzar para embarcarnos temprano.

—No será conmigo, señorito, me replicó. No está hoy la barra para andar de paseos en un bote.

Como tenía en la mano mi bastón, la mar al pie, la isla al frente, y en el alma un vivo deseo de visitarla, para lo cual había destinado aquel día, experimenté cierta contrariedad, y—aquí de mi cuento—deploré no ser yo Moisés, y que no fuera mi bastón su varita, porque extendiéndole me hubiera abierto el camino que el mar me cerraba, dejando al patrón con un palmo de boca abierto, y tropezando quizá con alguna de las peluconas que guarda la bahía de Vigo en su seno desde el siglo pasado.

Aparte esta tentadora ocasión, te juro, lector, que en dos meses no me he acordado de las *notas* ni del libro que las origina, ni de Moisés, ni de Faraón, ni de los cananeos ni amorreos, sin que me haya hecho falta tampoco el Antiguo ni el Nuevo Testamento para admirar la magnificencia de las obras de Dios, y adorarle como él se merece, en espíritu y en verdad. Ni he necesitado el humo, los truenos y los relámpagos del Sinaí, ni las piedras labradas, para conocer la ley de amor y de justicia que, mezclada con un tático de barbarie, en su nombre promulgó Moisés á los israelitas. En el cielo estrellado, en el mar tranquilo, en el bosque susurrante, en la pelada montaña, en el espumoso arrecife, en el prado florido, en el campo labrado, en donde quiera que tornaba los ojos, mi alma leía estas palabras, compendio sublime de toda la ley de Dios: *Amaos los unos á los otros.*

Pero como lo prometido es deuda, y te tengo

prometido, caro lector, anotar la *Santa Biblia*, no es cosa de dejarlo á lo mejor. Quedamos en que Moisés se dirigía con su pueblo hacia la prometida tierra de Canaan... Dejémoslo también por hoy, pues esta nota de notas se ha hecho demasiado larga.

XIV

En el capítulo XIII del *Exodo* explicase la institución de la *Pascua*, fiesta nacional y religiosa de los hebreos, dándose algunos detalles sobre el viaje á Oriente, dignos de ser transcritos. «Y Jehová, dice, iba delante de ellos de día en una columna de nube, y de noche en una columna de fuego para alumbrarlos, á fin de que anduviesen de día y de noche. Nunca se partió delante del pueblo la columna de nube de día, ni de noche la columna de fuego.

En vista de tan alta y decidida protección de todas las horas, ante un tan entrañable amor por parte de Dios, que, después de no haber dejado un primogénito de hombre ni animal en Egipto, se mete de día en una columna de nube y de noche en una de fuego (prueba de ser incombustible); teniendo un camino llano por delante, cualquiera creería que el viaje famoso iba á realizarse con toda felicidad, y, sobre todo, los míseros israelitas debían considerarse tranquilos y seguros. Todo menos ésto.

Jehová anuncia á Moisés que va á jugarle á él y á su pueblo una nueva trastada, endureciendo el corazón de Faraón y lanzándole en persecución de los viajeros, puesto que no se debe ya llamar fugitivos á los que marchaban con permiso de su dueño.

Y en efecto, Faraón, como si no hubiera sufrido aquellas famosas plagas, que debían de haberle dejado más blando y suave que un guante, *toma seiscientos carros escogidos, y TODOS los*

carros de Egipto (con haber dicho todos parece-me que bastaba), y los capitanes sobre ellos, y toda la caballería, y todo su ejército (*¡eche usted jigos!*), y marcha en seguimiento de los hebreos, á quienes alcanza *asentando el campo junto á la mar, al lado de Filahirofh, delante de Baalzefon.*

* *

Armase á la vista de este ejército poderoso la gran chillería en el campo israelita. El miedo de aquella chusma de ladrilleros y pastores se traduce en imprecaciones contra Moisés y Jehová, llamándose á engaño, llorando por la servidumbre pasada, preferible para ellos á la muerte que consideraban segura en aquellos desiertos arenales en que se encontraban. Todas las maravillas pasadas, las plagas, la nube, la columna de fuego, debieron parecerles fantasmagorías y cosas de patraña y embeleco, cuando tan presto las olvidan. ¿A qué ellas, si alzando la vista divisaban el ejército de Faraón afilando las espadas para degollarlos sin misericordia?

Este espantoso peligro, creado por Jehová, le deshace por arte de encantamiento. El que ha jugado tantas veces con su pueblo y Faraón, juega una vez más, pero ésta en gordo y con ventaja.

Por orden de Moisés los israelitas levantan calladamente el campo y echan á andar. La columna de nube, en que ahora no va ya Jehová en persona, sino por delegación un su angel, se coloca á retaguardia de los hebreos, ocultándolos á la vista de los Egipcios, en tanto que alumbraba á los israelitas.

Pero los protegidos de Jehová, que siendo omnipotente, sin tantos circunloquios y revueltas podía haberlos salvado de tan gran peligro con sólo no haber tenido el capricho de endurecer el corazón de Faraón, no sale nunca de tropiezos,

Al huir se hallan con el mar al frente. ¿Qué hacer? Aquí dejo la palabra al Espíritu Santo, que sólo su pluma es digna de ciertos relatos.

«Y extendió Moisés su mano sobre la mar, é hizo Jehová que la mar se retirase por un fuerte viento oriental toda aquella noche, y tornó la mar en seco, y las aguas quedaron divididas.

»Entonces los hijos de Israel entraron por medio de la mar en seco, teniendo las aguas como un muro á su diestra y á su siniestra.

»Y siguiéndolos los egipcios, entraron tras ellos hasta el medio de la mar toda la caballería de Faraón, sus carros y sus gentes de á caballo.

»Y aconteció á la vela de la mañana, que Jehová miró al campo de los egipcios desde lo columna de fuego y nube, y perturbó el campo de los egipcios.

»Y quitóles las ruedas de sus carros y trastornólos gravemente. Entonces los egipcios dijeron: huyamos de delante de Israel, porque Jehová pelea con ellos contra los egipcios.

»Y Jehová dijo á Moisés: Extiende tu mano sobre la mar para que las aguas se vuelvan contra los egipcios, sobre sus carros y sobre su caballería.

»Y Moisés extendió su mano sobre la mar, y la mar se volvió en su fuerza cuando amanecía, y los egipcios iban hacia ella: y Jehová derribó los egipcios en medio de la mar.

»Y volvieron las aguas y cubrieron los carros y la caballería, y todo el ejército de Faraón que había entrado tras ellos en el mar, no quedó de ellos ni uno.

»Y los hijos de Israel fueron por medio de la mar en seco, teniendo las aguas por muro á su diestra y á su siniestra.

»Así salvó Jehová aquel día á Israel de mano de los egipcios.»

* *

Con los comentarios hechos por filósofos y teólogos, chicos y grandes, á la estupenda narración que procede, textualmente tomada del capítulo XIV del *Exodo*, podrían llenarse cómodamente cien abultados volúmenes. Cada una de las frases ha dado lugar á disquisiciones trascendentalísimas, la mayor parte de las cuales tienen muchísima gracia. Los incrédulos, por su parte, también han hincado el diente á estos versículos, desbarrando algunos de lo lindo, pues no ha faltado quien, dándose tono, ha visto en este milagro un simple efecto de las mareas, cuando éstas apenas son sensibles en los golfos de Suez y Acabab, últimos senos del mar Rojo, en uno de los cuales forzosamente se supone el lugar de la acción.

Yo renuncio á todo comentario personal. Tengo el hecho por una filfa, sin que sepa en qué accidente pudo originarse esta leyenda, y considero perdido todo tiempo gastado en lo que no sea sacarla á la vergüenza y pública irrisión, mediante su impresión clara y legible! ¡Estaría de ver que hoy nos detuviéramos á discutir la posibilidad ó imposibilidad de que todo un pueblo pasara por la mar en seco, teniendo las aguas á izquierda y derecha, como un muro!

Sólo debo advertir al lector poco versado en Geografía, que la *mar* de que aquí se trata no es el Atlántico, ni el Pacífico, es el mar Rojo; esto es, una especie de golfo estrecho y de poco fondo que se deriva del Océano indico. Y que esta *mar* no es tampoco el Rojo, donde merece el nombre de mar, sino un golfo de este mismo mar, que, sea el de Suez, sea el Acabab, sea otro aún más insignificante, tendría por entonces, como ahora, escasísimo fondo.

*
* *

De milagros como éste, están todas las religiones llenas, pues los milagros, porque sean

más ó menos bonitos, no dejan de ser todos iguales, como imposibilidades que son, ó contradicciones claras y manifiestas de las leyes de la naturaleza. La fuerza de la gravedad, que este milagro contradice, contradicha está de igual modo por el famoso caballo de Santiago, patrón de España, que andaba por los aires y peleaba contra los moros en favor de nuestros tatarabuelos. Empero, hemos de confesar que la cosa está bien inventada y relatada para producir admiración, y que si éste era el objeto de los inventores, lo consiguieron completamente; y nuestro caballo volador santiaguesco al lado de las aguas que se abren, de los israelitas que pasan, de los egipcios que con sus carros y caballos se ahogan en aquel remolino que se produce al extender Moisés su mano, no pasa de ser un cuento insulso y vulgar.

*
* *

Hombre de honor y comentarista leal, en cuanto mis fuerzas alcancen, debo declarar que, aunque no creo una sola palabra de toda esta milagrosa narración, como no creo tampoco que Mahoma subiese al cielo montado en una yegua, á pesar de que aquello lo dice la *Biblia* y esto el *Corán*, respecto de este paso del mar Rojo y de la destrucción del ejército faraónico, estoy expuesto, como lo está el más incrédulo, á sufrir un mentís el mejor día. Porque, si no estoy engañado, un curita francés, que se pierde de vista y se pasa de listo, está dando los pasos necesarios para formar una sociedad anónima por acciones, con objeto de reunir suficiente capital para hacer grandes excavaciones á las orillas del mar Rojo y exploraciones en su fondo, hasta dar con los carros, caballos, armas, etc., del ejército de Faraón que hemos leído se anegó allí.

Mucho temo que los católicos, escamados como se hallan con ciertas quiebras de socieda-

des más ó menos ultramontanas, no acudan al piadoso llamamiento del aventajado presbítero francés, lleno de ardoroso esclarecimiento de hecho tan propio para rematar la incredulidad creciente de los pueblos occidentales. Mas si la sociedad se forma, como deseo, y, aunque oxidados los hierros y carcomidas las maderas, y fosilizados los huesos, parecieran los carros y caballos y caballeros que en el mar Bermejo fueron hundidos, ¿con qué cara negaríamos, de allí en adelante, los milagros? Si el más imposible resultaba patente, ¿qué dificultad habría en admitir que habló la burra de Balaam, que Jonás estuvo en el vientre de una ballena tres días, y que Sansón tenía la fuerza en los cabellos?

En el interin que el cura constituye la sociedad, los católicos cambian su dinero por las acciones, y se comienzan los trabajos, nuestro derecho á negar es inconcuso. Después no faltará alguna escapatoria de gerentes ó cambiazo de objetos antiguos que nos permitan seguir negando de nuevo semejantes paparruchas. Y así se pasa la vida y cambian las creencias y opiniones de los pueblos acerca de todo, inclusa la Divinidad.

XV

No encuentro cosa más natural que, después del canguelo pasado á la vista del ejército de Faraón, y dela original, tremebunday milagrosa catástrofe que le hizo desaparecer, los israelitas se dieran una «juerga». Moisés compone un cántico verdaderamente grandioso, que le acredita de sublime poeta, cántico que es de lo más excelente que ha producido la poesía hebrea. El pueblo le escucha estático y se entrega después á la más loca alegría, en que toman participación, como es natural, hasta las mujeres; que ya en esta remota antigüedad eran dadas al baile y á

la música. María, hermana de Moisés y profetisa por razón de tan próximo parentesco con el grande hombre, coge un pandero, y á la cabeza de sus compañeras sale tocando, danzando y cantando.

Pero la alegría le duraba siempre poco á los israelitas, á pesar de la decidida protección de Jehová. A los pocos días, estando acampando en Mara, les faltaba agua (pues la única que allí había era amarga), y la sed les pone furiosos contra Jehová y su teniente cerca de ellos, Moisés. Este, viéndose duramente increpado por el pueblo sediento, vuelve angustiado y tembloroso á Jehová, como diciéndole: ¿qué te parece de esto? ¿Cómo salgo de este nuevo compromiso?

Jehová, persona de recursos, Dios milagrero por convencimiento sin duda, pues los dichosos israelitas para adorarle le ponían en el trance duro de milagrear á todas horas, Jehová, digo, manda á Moisés que meta un árbol en las aguas, y éstas por tan sencillo procedimiento tórnanse dulces. ¡Lástima que se haya olvidado el *Exodo* de decirnos el género y la especie de árbol de tan grande virtud!

Moisés aprovechó el buen ánimo que el nuevo milagro, engendró en su pueblo, para darle estatutos y ordenanzas, y *probarle* además, dice la Biblia, sin indicar cómo, en qué, ó por dónde.

* *

Metiéndose desierto adentro, llegan á Sim, y allí vuelta á las murmuraciones contra Moisés y Aaron, á causa del hambre que picaba en aquel pueblo desdichado, que en su aflicción recordaba las ollas de Egipto, donde, si era esclavo, al menos comía y cenaba á las horas de reglamento. Jehová conoce sin duda la razón de aquellos estómagos vacíos, y, sin necesidad de que Moisés le pida, llama á su profeta y le participa su designio de atender con mano pródiga á la subsis-

tencia del pueblo. Al efecto, hace caer sobre el campo una banda de codornices. Mas aquello apenas si bastaba para un hartazgo de tan numerosa congregación: era precisa una base sólida de subsistencia.

Y aquí otra de las más estupendas invenciones de la fantasía oriental, que parece la realización del sueño de un hambriento perezoso. Y, según mi costumbre de dejar contar al Espíritu Santo, con la candidez que le caracteriza, estas cosas, copio textualmente de la Biblia:

«A la mañana descendió rocío en derredor del real.» (Esto de real no es más que un decir, pues como los hebreos no tenían rey, el lugar de su asiento, medio militar, campamento ha de llamarse.) Y como el rocío cesó de descender, he aquí sobre la haz del desierto una cosa redonda, menuda como una helada sobre la tierra. Y viéndolo los hijos de Israel, se dijeron unos á otros: «¿Qué es esto?» porque no sabían qué era. Entonces Moisés les dijo: «Este es el pan que Jehová os da para comer.» A esto lo llamaron maná, que les sirvió de alimento los cuarenta años que anduvieron peregrinando por el desierto.»

No se comprende que hasta tal punto se haya contado con la candidez humana, para pretender hacer pasar esto del maná. Si esto fuera cierto, quedó convertido el desierto de Sim en algo mejor que la tierra de Canaan, y todas las tierras conocidas y por conocer, pues era ni más ni menos que Jauja. Ya, ya hubiera podido improvisar Moisés cuantos milagros quisiera para arrancar de este desierto á su grosero pueblo, que el día anterior suspiraba por las ollas de Egipto, que templaban el hambre de trabajos forzados hasta la crueldad como hemos visto, si con sólo salir al campo por la mañana, cada hijo de vecino podía coger, sin el menor trabajo ni peligro, cuanto necesitaba de un suculento manjar, como *simiente de culantro* á la vista y como

hojuelas con miel al paladar, que así dice el *Exodo* que parecía y sabía.

No teniéndose ya que ocupar aquella gente ni de cazar, ni de trabajar, ni de pescar, teniendo como tenía por provisor general, *gratis et amore*, al magnífico Jehová, parece lo justo que sólo se ocupase en adorarle, mimarle y tenerle satisfecho. Pero, lo de siempre: duros de cervigullo, al llegar á Refidin, se hallan otra vez sin agua, y se sublevan contra Moisés y Jehová, pensando, con cierta lógica, que quien les suministraba el maná, era un descortés y mal criado negándoles agua.

* * *

Moisés clama entonces á Jehová, diciéndole que le asista, pues de lo contrario, aquellos hombres iracundos, que dicen:—Está ó no está con nosotros Jehová,—son muy capaces de apedrearle.

«Y Jehová dijo á Moisés (escribe la Biblia): Pasa delante del pueblo, y toma contigo de los ancianos de Israel, y toma también en tu mano tu vara, con que heriste el río, y ve. He aquí yo estoy delante de ti allí sobre la peña de Horeb: y herirás la peña, y saldrán de ella aguas, y beberá el pueblo.»

Hácelo así Moisés y ¡oh pasmo! ¡oh milagro! la dura peña brota agua en que el pueblo apaga la sed que tan mal humorado le traía.

Sin embargo, esto, en comparación del paso del mar Rojo en seco, teniendo las aguas como un muro á derecha é izquierda, es un milagrillo. Aquí cabe suponer, en vista de la elección de los ancianos, que Moisés explorando el terreno, hallando un manantial, quiso hacer pasar este hallazgo por cosa milagrosa y providencial.

* * *

Aunque milagro chico, no es el último, este de

la peña de Horeb, que ha dado lugar á bellas composiciones pictóricas y poéticas. El *Exodo* es una sarta de milagros, y los hay de todas clases y para todos los gustos.

Amalec, quiere decir, la nación, pueblo ó tribu de los amalecitas, trata sin duda de estorbar el paso por su territorio á los israelitas; y Moisés, procurando adiestrar á su pueblo en la guerra, elige por caudillo á su criado, ó servidor, ó teniente, ó ayudante, que ignoro cuál sea el nombre que mejor cuadre á Josué, y dispone un combate. El caudillo se dirige contra el enemigo, y Moisés, con Aaron y Hur al monte, y se sitúan en un collado.

«Y sucedía que cuando alzaba Moisés su mano, Israel prevalecía; mas cuando él bajaba la mano, prevalecía Amalec.»

Raro caso es éste de depender los trances de un combate de la posición de las manos de un individuo que, lejos del campo de batalla, está presenciando la pelea; tan raro, aunque menos maravilloso, como tantos parecidos de que nos habla Ariosto en su *Orlando Furioso*; pero como este individuo era Moisés, nadie dudará que el buen profeta, observada la cosa, procuraría tener las manos altas. Pero...

«... las manos de Moisés estaban pesadas, por lo que tomaron una piedra y pusiéronla debajo de él, y se sentó sobre ella; y Aaron y Hur sustentaban sus manos, el uno de una parte, y el otro de otra: así hubo en sus manos firmeza hasta que se puso el sol.»

¡Estaría bonito este cuadro! Admiremos los caprichos de Jehová, que, pudiendo, en su omnipotencia, desbaratar en cinco minutos la chusma amalecita, tiene á su profeta todo el santo día con las manos en alto, como chico de escuela castigado!

Allí se edificó un altar: allí se comanzó á escribir un libro, y allí *dijo Jehová á Moisés: di á*

Josué que del todo tengo de raer la memoria de Amalec de debajo del cielo.

¡He aquí un Dios rapa-pueblos!

XVI

¡Qué cosas tan raras tiene la Biblia! Nos está hablando á cada instante de que Jehová instruye á su profeta Moisés de las cosas más nimias, y, pretendiendo que lo creamos á piés juntillas, comete la imperdonable indiscreción de enseñarnos que sobre los más delicados asuntos, como los son indudablemente los del supremo gobierno, tiene que aleccionar á Moisés un simple mortal como Jethro, su suegro. ¡Pobre Jehová! ¡Pobre Dios bíblico! Amén de cruel y de estrafalario, te pintan, para más honrarte, como imprevisor y descuidado.

Porque es de saber que en una visita que Jethro hace á su yerno en el desierto, viendo que éste, como jefe absoluto del pueblo hebreo, además que otros quehaceres, tenía que entender en todas las tracamundanas de los israelitas, llevándose de sol á sol sentado juzgando, le reprende por tanto meterse en los negocios ajenos, y le aconseja, con excelente buen sentido, que establezca sobre el pueblo *caporales* que le juzguen por miles, cientos, cincuentas y diecés, reservando sólo para sí los negocios complicados y difíciles.

Así lo hace Moisés, á quien Dios, que tanto le había dicho, le había ocultado, sin duda por falta de memoria, lo que más perentoriamente le convenía á él y á los israelitas.

* * *

Estamos en el famoso Siná. Esto desde luego es una figura retórica con que quiero expresar que tengo delante los capítulos culminantes del *Exodo*, que son los que se refieren á la estancia

de Israel al pié de esta montaña, sitio en que Moisés, llevando hasta el último extremo lo sobrenatural, promulga en nombre de Jehová principios morales de universal aplicación, y leyes sapientísimas para su pueblo y tiempo.

Expone Jehová á solas á Moisés primeramente, la elección que ha hecho para sí del pueblo hebreo. Así se lo dice el profeta á los suyos, que se ponen huecos con tal noticia altamente satisfactoria para ellos, aunque un poco trasnochada, pues desde los tiempos de Abraham, Isaac y Jacob no rodaba otra cosa entre ellos.

El pueblo manifiesta al profeta que está dispuesto á hacer lo que le mande Jehová, con cuya manifestación se celebra un verdadero pacto sinalagmático y hasta conmutativo, en que Moisés sirve de escribano actuario.

Faltando extender el acta, se disponen las cosas convenientemente. Moisés solo ha de subir al monte, donde está Dios dispuesto á hablarle: el pueblo no pasa de una línea que se traza, bajo la advertencia caritativa, de que el que la atravesase morirá indefectiblemente, y la disposición de que en tres días nadie tocarse mujer.

«Al tercer día, cuando vino la mañana, vinieron truenos y relámpagos, y espesa nube sobre el monte, y un sonido de bocina muy fuerte.»

Anunciado así Dios, saca Moisés el pueblo á recibirle, y, después de dimes y diretes con Jehová, se decide que él y su hermano Aaron suban al monte que humeaba y se estremecía, quedando abajo todo el pueblo, incluso los sacerdotes.

* * *

Todas estas pueriles engañifas, en que no quiero detenerme más, conducen á una cosa grande, y es, á que Moisés, después de asustar terriblemente al pueblo, promulga en altas voces, que se fingen ser la voz poderosa del alto Jehová, un código moral que vivirá tanto cuanto la concien-

cia humana, de la cual son eco los siguientes mandatos, ordenanzas ó disposiciones, que corren vulgarmente en el mundo cristiano con el nombre de los diez Mandamientos.

Y como desfigurados en parte, y en parte alterados, estos diez mandamientos son la base de la doctrina cristiana, al igual que lo son de la doctrina musulmana, pues Mahoma en su Coran reconoce el espíritu profético de Moisés y confirma su ley, voy á permitirme copiarlos textualmente del capítulo XX del *Exodo*, donde por primera vez se escriben. Llamo la atención del lector muy especialmente sobre esta interesante lectura, que es como sigue:

«Yo soy Jehová tu ^{* * *}Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de siervos. No tendrás dioses ajenos delante de mí. No te harás imagen, ni ninguna semejanza de cosa que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás á ellas, ni las honrarás; porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos, sobre los terceros y sobre los cuartos, á los que me abarrecen. Y hago misericordia en millares á los que me aman y guardan mis mandamientos.

»No tomarás el nombre de Jehová, tu Dios, en vano; porque no dará por inocente Jehová al que tomare su nombre en vano. Acordarte has del día del Reposo, para santificarlo: seis días trabajarás y harás toda tu obra; mas el séptimo día será del Reposo para Jehová tu Dios: no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas; porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día: por tanto Jehová bendijo el día del Reposo y lo santificó.